

y sucumbir, unidos, en la hoguera
del sándalo y las aves redentoras.
Si fueran las cerezas tan esquivas
de tu pecho de anís, a punto casi
de corromperse en miel de tan maduros
en el alba imposible de mis dedos.
Si fuera la memoria una escultura
enhiesta en su tesón de roca y agua,
con tanta gravedad que no aceptase
el blanco tiritar de las palomas,
ni tampoco la fe, ni tan siquiera,
de ser distinta inmóvil para el grito.
Si fuera el desamor como se dice,
tan altivo y cruel que se impusiera
hasta el fondo del alma con su alfanje
para darnos la muerte sin remedio.
Si fuera el desamor tan dadivoso
que yo pudiera odiarte cuando menos,
o no hubiera memoria sino piedra
con tanta soledad que me has forjado.
Ojalá en tu lugar se temple el vino
y tengas corazón para olvidarme,
u odio hasta cegar cualquier atisbo
de regreso al pretil de mi esperanza.
Te he amado hasta el dolor, te he amado tanto,
mujer de piel frutal y mielespones,
en esta eucaristía de pan negro
me hago cáliz feliz por inmolarme.
Recíbeme en el polvo y la ceniza,
y en la llama candel de los cerezos,
hazme un nido de luz junto a tu ausencia,
de desdén y rencor, donde enterrarme.

Antonio González – Guerrero (1954- 2004)
(Del libro» Tomaré nuevamente la palabra»)